



[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

# **Aventura en Bogotá**

Francisco Leal Quevedo

loqueleg

*A Santiago y Amalia,  
mis compañeros de viaje.*

## ¡Bogotá!



Mi papá estaba feliz aquella tarde. Era domingo y había regresado de la selva apenas unas horas antes. Con el último grupo de turistas extranjeros la excursión, acampando tres días selva adentro, había resultado maravillosa.

—No puedo creerlo, pudimos avistar un jaguar... luego una anaconda y pescamos un pirarucú de dos metros de largo y cien kilos de peso —era evidente que estaba muy a gusto en su trabajo —... Quiero certificarme como guía turístico internacional. Hay un curso muy bueno, que empieza en pocos días, en una ciudad muy interesante...

Con mi hermano estábamos muy atentos a lo que Antonio estaba diciendo. Y aún más cuando dijo lo siguiente:

—Además, creo que esta familia hace rato no toma vacaciones.

10 Parecía que se le estaba ocurriendo una idea grandiosa, pero ahora creo que era un plan ya elaborado. Wayra, desde el otro lado de la sala, sonreía, seguramente estaba enterada desde antes.

—¿Adivinan a dónde vamos?

Sugerí que iríamos al Brasil, mi hermano mencionó el Perú, que quedan muy cerca y a donde siempre hemos querido ir. Él los descartó inmediatamente.

—Eso sería visitar la vecindad... Tendremos un vuelo más largo.

—Nos vamos a Bogotá, por veinte días. Ya es hora de explorar nuestra capital —dijo Wayra.

Eso fue hace una semana, desde entonces no pensamos en otra cosa.

—¿Dónde nos vamos a quedar? —preguntó mi mamá, quien siempre tiene los pies en la tierra cuando mi papá hace planes.

—¿Donde los parientes que conocimos hace poco? —preguntó mi hermano.

El año pasado, en Santa Fe de Antioquia, cuando la tatarabuela Adelina cumplió cien años, conocimos a las tres familias Velásquez que viven en Bogotá. Son trece personas nuestros parientes de la capital. A la hora de la despedida de la celebración todos ofrecieron recibirnos. Y nosotros también les ofrecimos una casa de puertas abiertas. Luego nos hemos comunicado unas cuantas veces, por internet.

11

—Son muchos días y una visita se vuelve pesada después de una semana —opinó mi mamá.

—Quizás llegamos donde alguno de ellos, solo por uno o dos días, mientras buscamos un buen sitio —esa era la sugerencia de mi papá—. —Podemos conversar, por ahora solo les diré que vamos a viajar —agregó.

Inmediatamente se puso en la tarea, los llamó sin pedirles nada, solo estaba explorando. Unos vivían muy lejos, llegando a Cajicá, otros no tenían espacio. Y los que tenían espacio y buena ubicación por esos días no tenían tiempo, tenían un pariente muy enfermo.

12 —Busquemos un alojamiento, quizás encontremos un sitio cómodo y bien ubicado y además así seremos completamente dueños de nuestro tiempo —comentó Wayra.

Mi papá estaba animado a tomar decisiones de una vez.

—Lo podemos hacer desde aquí y ahora mismo. Por internet es muy fácil, uno busca según el sitio, la fechas y el presupuesto. Vengan, decidamos entre todos.

Nos ubicamos alrededor de la pantalla. Los grandes hoteles, elegantes y carísimos quedaban descartados. Preferimos buscar en los barrios tradicionales en Bogotá: Teusaquillo, La Soledad, La Macarena y La Candelaria. Queríamos un hotel sencillo, muy limpio, bien situado

y además barato. Encontramos algunas posibilidades interesantes, en especial nos atraía este último barrio por haber sido el origen de la ciudad y estar lleno de historia. Muchos hostales eran bellas casas antiguas en la fachada, pero por dentro las habían acondicionado y se veían muy confortables. En especial hubo un sitio que desde el principio nos pareció atractivo y el nombre nos sonó gracioso:

13

*666. Mesón del Fantasma*

*Ambiente familiar*

*Cerca de todo*

*Servicio y amabilidad*

Así se anunciaba en la web. Revisamos las opiniones de los pasajeros, había once, todas positivas, les gustaba el sitio, la ubicación y la amabilidad del personal. La calificación final era excelente: 4.7 (sobre 5.0). Había un comentario final de un viajero que llamaba la atención: “Miedo, pero al final se reirán del miedo”.

—La calle se llama de la misma manera que el hostel, eso explica el nombre, ¿pero de dónde salió ese número tan extraño? No creo que la calle sea tan larga —les dije.

14 En ese momento apareció un link con otra página. Anunciaban un tour nocturno por La Candelaria, en el que se visitan varias casonas antiguas en las que los vecinos relatan la presencia de almas en pena, aparecidos y fantasmas. No nos asustamos, antes bien nos reímos un poco.

—Ya en Santa Fe de Antioquia tuvimos suficiente de fantasmas —opinó mi hermano.

—Estamos curados de miedos —agregué.

Pero en el fondo sentía algo de temor. El fantasma que habíamos descubierto había sido un fraude, pero quizás había otros reales.

Pronto volvimos a la página de los hostales. Decidimos mirar en detalle el tal 666. Mesón del Fantasma. Se veía una casona de dos plantas. La fachada era un portón grande, pintado de verde, igual que el balcón de madera. Este

estaba adornado con plantas vistosas, como hortensias y geranios. Había un patio interior, cubierto por una marquesina de cristal que le daba luz y las habitaciones se abrían a él.

—Se ve muy bien, pero esas fotos suelen ser retocadas. Prefiero llamar —dijo mi papá.

Contestó una señora, llamada Carmen, dijo que no era la dueña pero administraba el lugar desde hacía diez años. Mi papá puso el teléfono en altavoz así nosotros alcanzábamos a oír toda la conversación. La señora parecía un potro desbocado cuando empezaba una frase. Contaba y contaba, sin parar. Había lugar para nosotros en esas fechas. Y si tomábamos una habitación “familiar”, el precio sería “muy atractivo”. Y para acabar de convencernos añadió:

—Queda cerca del centro histórico y el transporte es facilísimo.

Todos estábamos de acuerdo en que, si la señora no exageraba, ese era el sitio. Nos quedaba una duda:

—Puede que no diga mentiras, pero quizás embellece las verdades —opinó Wayra.

—Podemos arriesgarnos y si no estamos a gusto, el siguiente día cambiamos a otro hostel de la zona —así resolvió mi papá la situación.

Volvimos a hablar de los fantasmas. Era inevitable. Uno de los turistas que evaluaba la visita había escrito: "Inolvidable dormir en la vecindad del mismo diablo".

Ese comentario nos picó aún más la curiosidad.

—Tú haces el curso y mientras tanto nosotros aprendemos sobre fantasmas y sobre el mismo diablo —dijo mi mamá muerta de la risa.

De una vez confirmamos el alojamiento. Las reservas de los pasajes no tuvieron problemas. De esta manera, en unas pocas horas nuestras vacaciones, recién aparecidas, habían quedado organizadas.

—¡Bogotá! ¡Bogotá! —gritamos al tiempo con mi hermano.

Sabíamos que otra gran aventura comenzaba.

## ¿Te pasa algo?



Esos pocos días antes del viaje fueron una locura en la casa. Mi hermana y mi mamá se preocupaban mucho por la ropa. Mi papá y yo no teníamos problema, habíamos comprado chaquetas, pantalones y camisas, una semana antes en Tabatinga, en un almacén nuevo que trae ropa de la China. Luego de varias horas ellas llegaron a la conclusión que ya esperábamos:

—No tenemos mucha ropa de abrigo, tendremos que comprar unas cositas allá.

El otro revuelo fue el asunto de los regalos, a ellas dos les gusta llevarles un detalle de estas tierras a los amigos y parientes, sin faltar uno

solo. Se sienten embajadoras del Amazonas. Y creo que exageran un poco en su generosidad.

—¿Qué regalarles que sea bueno, bonito y barato? —preguntó mi mamá.

18 Ya teníamos la experiencia del viaje a Antioquia, donde lo que más nos había gustado habían sido las artesanías de la región. Hay muchas manos hábiles en estas tierras. Y además cuentan con materiales únicos. Wayra decidió, lo que nos pareció bien, que esta vez llevaríamos solo objetos de su etnia inga: palos de lluvia, mochilas, figuras de madera palosangre, flechas, arcos, máscaras, tejidos y collares de cuentas.

Luego vino lo más difícil. Mi papá y yo las convencimos de que sería suficiente con un pequeño regalo para los muchachos de cada casa, que darles a los adultos ya sería un derroche. A regañadientes aceptaron.

Ellos estaban muy animados por el viaje. Yo un poco menos pues no la veía tan clara. Tenía un problema grande y otro mediano. El grande

era que no sabía qué hacer con mi perro Brujo. Quería llevarlo, me había hecho falta en los otros viajes. Los vecinos ofrecieron prestarme un guacal y en la aerolínea solo cobrarían por él como si fuera una maleta extra. Pero ya está un poco viejo, no sé bien cuántos años tiene porque lo adoptamos grande, pero desde hace unos dos meses vive cansado y duerme mucho. Lo llevamos al veterinario y está en un tratamiento. Pero nos hizo una advertencia:

19

—Creo que es asunto de los años y eso no tiene reversa.

Ante mi desconsuelo agregó:

—Para el mal de los riñones es necesario conseguir estas medicinas, son caras y tienen riesgos, pero son las mejores.

Pronto lo hicimos y empezamos el tratamiento. Pero había otro problema:

—En las pupilas se ve un reflejo opaco, son cataratas y si no se opera, pronto quedará ciego. Los veterinarios de por aquí no hacemos esa cirugía. Ni en Leticia, ni en Tabatinga —me

dijo—, pero ese procedimiento puede esperar, por ahora lo más urgente es que vuelva a orinar.

La señora Berta se ofrece a cuidarlo, le dará vuelta dos veces diarias. Para tranquilizarme me dijo:

—Comida y agua no le faltarán y él estará  
20 en su casa y no extrañará nada.

Bueno, nos extrañará a nosotros, y en especial a mí, supongo.

Y el problema mediano es que me toca hacer una investigación sobre alguno de los grandes exploradores del Amazonas, tan pronto regresemos de vacaciones debo hacer una exposición ante todo el salón, y no he comenzado. Había dejado para hacer ese trabajo precisamente en las últimas tres semanas. Si saco buena nota, arreglo todo el promedio, estoy casi a punto de rajarme. Y no quiero sacar todo de internet pues necesito mostrar trabajo propio. La profesora nos advirtió claramente:

—No quiero el truquito de los estudiantes perezosos, aquel del “corta y pegue”, con lo que está en la web. Quiero trabajo personal.

Mayam también tiene este mismo problema pues la profesora quiere que su grupo haga un herbario, pero ella es veloz con la cabeza y con las manos y, además, en calificaciones va sobrada. Me imagino que tendré que sacar tiempo durante el paseo para ir a una biblioteca o a una librería. Necesito conseguir suficiente material para hacer carteleras y unas buenas fotos para volver interesante la exposición, pues cuando subo al escenario a veces me quedo corto de tema y de palabras.

Mi mamá le recomendó a Bertha, la misma vecina, el jardín. Ella lleva años cuidándolo. Es tan bonito que todos los vecinos lo muestran con orgullo a los visitantes. Aquí no hay que regar las matas, es suficiente con este cielo roto donde llueve a diario. Pero la vegetación va muy rápido y unas plantas pueden crecer mu-

chos centímetros en una sola noche y se montan sobre otras que crecen más lentamente, ella se encargará de podarlas.

Esos días cuidé mucho a Brujo, pienso que de pronto no vuelvo a verlo, aunque los últimos días parece algo recuperado.

22 Llegó el día. Era sábado. Nos levantamos temprano. Cuando empezaba a amanecer ya estábamos embarcando. Esa hora, en el Amazonas, me gusta mucho. Me hice en mi puesto de siempre y escuchaba. La selva nunca está en silencio, es un concierto continuo de ruidos y sonidos. El río parece siempre un monstruo gigantesco de sueño pesado, que respira fuerte. Las voces de ciertos animales aturdían, las ranas, las cigarras, las primeras guacamayas, y el cielo poco a poco se abría con sus enormes nubes de color rosado. Además había otra música en mi selva, la de la vida diaria: el viento en los árboles, la lluvia en las hojas, las voces de las personas y los motores que iniciaban su trabajo.



—Nashi, ¿te pasa algo?

24 No sé qué vio Wayra en mi mirada. Quizás todos esos pensamientos y problemas juntos. Me encanta viajar, pero en los viajes pasan cosas, ¿y si yo no volviera? Amo mi tierra, soy como las ranas, los delfines, el caimán en su pantano, soy de la selva. Pero siempre en estos casos, al iniciar un viaje a un sitio desconocido, se enfrentan la curiosidad y el miedo y ella siempre gana. Pero siempre hay algo de miedo. Y si a Brujo le pasara algo... si se agravara sin estar nosotros para salvarlo...

—No, señora, no me pasa nada. Son solo nervios, por el viaje.

Sé que ella siempre está pendiente de nosotros, y que su olfato de mamá casi nunca se equivoca, por ahora ha quedado tranquila. Pero seguirá observando y preguntando.

A medida que nos acercábamos al gran puerto aparecía más gente navegando. Puerto Nariño quedó atrás y en la distancia Leticia se hacía cada instante más visible. La enorme lancha de

catagua se quedó amarrada cerca de la casa de una comadre de mi mamá y el motor fuera de borda se guardó en una bodega.

Llegamos a tiempo, en el aeropuerto había mucho movimiento. La nave no era muy grande, me alegré porque volaría más bajo y uno puede entonces ver, no solo nubes, sino paisajes de selva y montaña. Las sillas iban por parejas.

25

—Tengo la ventana, mi papá me la cedió —exclamé feliz.

Mi hermana también, mi mamá no va a pelearle por eso, estábamos separados pero contentos. Desde la altura veo las nubes densas, grises. De pronto tienen huecos, como si fueran una cobija rota y a través de los agujeros veo la selva, que también tiene rotos, ahora más que antes. Cada colono tala árboles para hacer potreros y tener animales. Venden la madera y se la llevan lejos.

—El comandante pide que los cinturones estén abrochados —se oyó por los altavoces.

El avión se sacudió varias veces. Era una tormenta eléctrica, con rayos y truenos.

—Señores pasajeros, hay turbulencia moderada. No es nada importante, no afecta la seguridad del vuelo. Permanezcan en sus sillas hasta nuevo aviso.

26 Las sacudidas y resplandores no paraban. En un bajonazo se regó mi jugo, en otro se cayó el sándwich. La chica de la aerolínea me los repuso. Me entró algo de miedo. De pronto el piloto decía eso porque debía tranquilizarnos, pero quizás la situación sí era grave. De nuevo otro bajonazo, me agarré a la silla con fuerza. Mi hermana, en cambio, estaba tranquila, pegada a su ventana, con la nariz chata, como siempre. Poco a poco el vuelo se fue serenando. Y yo también.

Así empezaba nuestra aventura, íbamos a estar más cerca de las estrellas, mirando otro cielo, como dicen los anuncios sobre Bogotá. El vuelo me pareció corto pues entre sacudidas y resplandores había estado entretenido.

Desde el aire, casi para aterrizar, la ciudad se veía enorme, infinita. Parece que la sabana le está quedando chiquita, como cuando uno crece y los pantalones no cierran en la cintura, ni llegan a los tobillos. Sentí otra vez esa sensación de inmensidad, de ser apenas un bichito pequeño en medio de un paisaje que no acaba, como siento con frecuencia en mi selva.

27

Cuando bajamos del avión llovía un poco, era una llovizna suave, esas gotas no me incomodan, antes me recuerdan de dónde vengo: del mayor bosque húmedo tropical del mundo.